

Sue Grafton

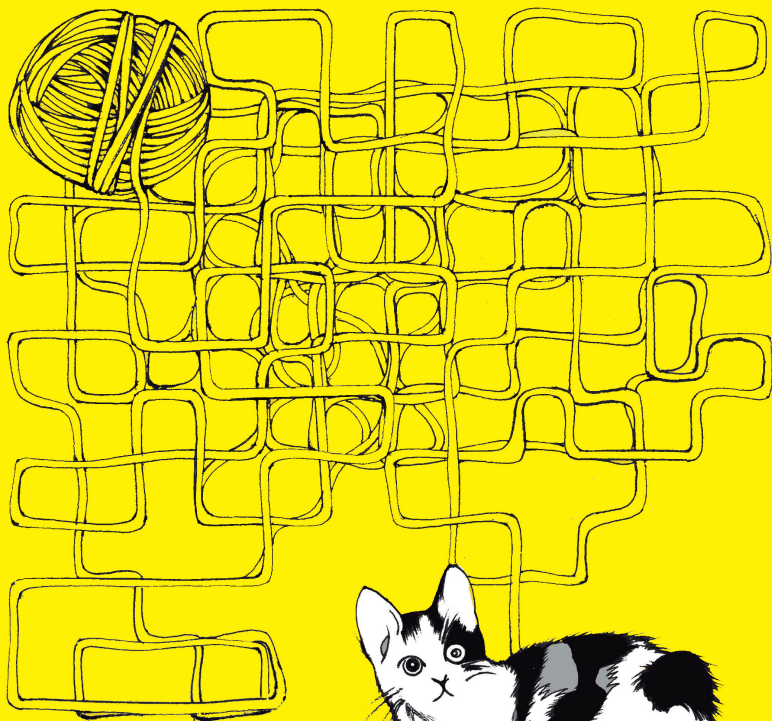
W de whisky

colección andanzas



Serie

Detective Kinsey Millhone



«Aquel otoño, dos hombres muertos cambiaron el curso de mi vida. A uno de ellos ya lo conocía, y al otro lo vi por primera vez en el depósito de cadáveres.»

TUSQUETS
EDITORES

W SUE GRAFTON
de WHISKY

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *W is for Wasted*

1.ª edición: enero de 2015

© Sue Grafton, 2013

Edición publicada por acuerdo con Marian Wood Books, publicada por G.P. Putnam's Sons, miembro de Penguin Group (USA)

© de la traducción: Victoria Ordóñez Diví, 2014

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 622-624 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-000-3

Depósito legal: B. 24.048-2014

Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.

Impreso por Romanyà-Valls

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo	13
Capítulo 1	25
Capítulo 2.....	39
Capítulo 3.....	51
Capítulo 4.....	65
Capítulo 5.....	81
Capítulo 6. Pete Wolinsky. Mayo de 1988, cinco meses antes	93
Capítulo 7.....	111
Capítulo 8.....	123
Capítulo 9.....	139
Capítulo 10.....	151
Capítulo 11.....	169
Capítulo 12.....	185
Capítulo 13. Pete Wolinsky. Junio de 1988, cuatro meses antes	197
Capítulo 14.....	215
Capítulo 15.....	233
Capítulo 16.....	249
Capítulo 17.....	261
Capítulo 18.....	275
Capítulo 19.....	291

Capítulo 20. Pete Wolinsky. Julio de 1988, tres meses antes	309
Capítulo 21	327
Capítulo 22	345
Capítulo 23	359
Capítulo 24	375
Capítulo 25	391
Capítulo 26	409
Capítulo 27. Pete Wolinsky. Agosto de 1988, dos meses antes.	429
Capítulo 28	457
Capítulo 29	479
Capítulo 30	497
Capítulo 31	513
Capítulo 32	531
Capítulo 33	549
Capítulo 34	567
Epílogo	591
Nota de la autora	597

De regreso al centro pasé por el túnel de lavado. Durante años conduje una sucesión de escarabajos Volkswagen, un modelo de bajo mantenimiento dotado de un encanto algo extravagante. Un depósito lleno de gasolina te llevaba casi a cualquier parte del estado, y si te dabas algún topetazo, podías sustituir el parachoques por cuatro chavos. Esto compensaba con creces la escasez de caballos del motor, así como las sonrisitas de suficiencia de otros conductores. Soy de esas chicas que siempre llevan vaqueros y botas, por lo que la falta de *glamour* no me importaba en absoluto.

Mi primer Volkswagen, un sedán beis de 1968, acabó en la cuneta después de que un tipo que conducía una camioneta me sacara de la calzada. Esto sucedió junto al mar de Salton, donde estuve buscando a una desaparecida. Aquel tipo estaba empeñado en matarme, y aunque yo no salí muy malparada del trance, el coche quedó destrozado. Mi segundo Volkswagen era un sedán azul claro de 1974, con sólo una pequeña abolladura en el lado izquierdo del guardabarros trasero. Aquel coche tuvo un final prematuro: fue embestido hasta un profundo hoyo tras una persecución a poca velocidad por una carretera solitaria del condado de San Luis Obispo. He oído decir que la mayoría de accidentes de tráfico mortales ocurren en un radio de tres kilómetros de la casa del conductor, pero eso no es lo que indica mi experiencia. No pretendo afirmar que la vida de un detective privado sea demasiado peligrosa: mi peor amenaza es

morirme de aburrimiento buscando títulos de propiedad en el juzgado del condado.

Por entonces tenía un Ford Mustang de 1970, un cupé de dos puertas con cambio manual, alerón delantero y neumáticos de banda ancha. Aunque estaba bastante contenta con él, era de un color azul turquesa muy chillón, demasiado llamativo para alguien que se dedica a una profesión como la mía. De vez en cuando me contratan para vigilar a algún cónyuge que no sospecha que lo puedan seguir, pero mi Boss 429 acababa echando por tierra cualquier investigación. Hacía un año que tenía el coche, y pese a que ya no me entusiasmaba, me había resignado a ser la propietaria de un Mustang hasta que algún malhechor con malas pulgas la tomara conmigo. Supuse que no tardaría demasiado en suceder.

Entretanto, procuraba no descuidar el mantenimiento del coche: lo llevaba a menudo al taller del barrio y lo limpiaba con la manguera una vez a la semana. En el túnel de lavado, el «servicio completo» a 9,99 dólares incluye un aspirado a fondo del interior, un lavado de espuma, un aclarado, una aplicación de cera caliente y un secado con ventiladores de sesenta caballos. Tique en mano, observé cómo el operario conducía el Mustang con cuidado hasta una hilera de coches que esperaban junto a la cadena de arrastre. A continuación fui a pagar en la caja y rechacé el ofrecimiento de un cachivache con olor a vainilla para colgar del retrovisor. Me acerqué al ventanal de la zona de espera y observé a mi derecha cómo el operario conducía el Mustang hasta la plataforma mecánica. Un cinco puertas blanco cuya marca no reconocí iba justo detrás.

Cuatro cortinas de lavado con tiras de tela lanzaban agua y jabón de un lado a otro de la parte superior del coche, mientras los rodillos giratorios se deslizaban por los laterales. Un cilindro de cepillos suaves se ocupaba de la rejilla delantera, frotando y puliendo con primor. Había algo hipnótico en los metódicos procesos de enjabonado y aclarado que envolvieron al Mustang

en un manto de agua espumosa, jabón y cera. El que dichos procesos me parecieran tan fascinantes da una idea de lo fácil que resultaba entretenerme por aquel entonces.

Estaba tan absorta contemplando el coche que apenas me fijé en el tipo que tenía a mi lado frente al ventanal hasta que se dirigió a mí.

—¿Ese Mustang es suyo?

—Sí —respondí, y me volví para mirarlo. Calculé que tendría unos cuarenta y pocos. Cabello oscuro, mandíbula cuadrada, cuerpo fibroso. No tan guapo para llegar a intimidarte. Llevaba botas, vaqueros descoloridos y una camisa tejana con las mangas arremangadas. Al sonreír reveló una hilera de dientes blancos con un premolar torcido.

—¿Es un admirador?

—Desde luego. Mi hermano mayor tenía un 429 cuando iba al instituto. Si pisabas a fondo el acelerador, el cacharro ese le arrancaba el asfalto a la carretera. ¿Éste es de 1969?

—Casi, de 1970. Las aberturas de admisión son del tamaño de tuberías de alcantarilla.

—Tienen que serlo. ¿Cuál es la velocidad del flujo de aire?

—Ocho —respondí, como si supiera de lo que hablaba. Recorrí el ventanal de un extremo a otro para no quitarle ojo a mi coche mientras avanzaba lentamente por la cadena de arrastre.

—¿Ese cinco puertas es suyo?

—Me temo que sí —contestó el hombre—. Me gustaba cuando lo compré, pero si no es una cosa es otra. Ya lo he llevado al concesionario tres veces, y dicen que ellos no pueden hacer nada.

Los dos coches continuaron avanzando hasta desaparecer. Cuando nos dirigíamos a la salida, el hombre se me adelantó y abrió la puerta de cristal, sosteniéndola para que pasara yo primero. Un operario se metió en el asiento delantero del Mustang mientras otro se ponía al volante del cinco puertas, que

ahora vi que era un Nissan. Ambos coches fueron conducidos hasta la pista de secado, donde dos cuadrillas de operarios se arremolinaron alrededor de los coches con trapos de felpa y comenzaron a secar las partes mojadas y a echar chorros de abrillantador sobre los tapacubos. Al cabo de un minuto, uno de los operarios levantó un trapo y nos miró.

Mientras me dirigía a mi coche, el propietario del Nissan dijo:

—Si alguna vez se decide a venderlo, ponga una nota en ese tablón de ahí.

Me volví y retrocedí unos cuantos pasos.

—La verdad es que he estado pensando en quitármelo de encima.

El hombre se echó a reír y me miró, mientras un segundo operario le indicaba con un gesto que su coche estaba listo.

—Lo digo en serio. No es el coche más apropiado para alguien como yo.

—¿Y cómo es eso?

—Me lo compré por capricho y lo he lamentado desde entonces. Tengo todos los informes de las revisiones y las ruedas están nuevas. Y no, no es robado. Es legalmente mío.

—¿Cuánto pide?

—Me costó cinco de los grandes, así que estaría dispuesta a venderlo por esa cantidad.

El hombre ya me había alcanzado y nos detuvimos para acabar la conversación.

—¿Lo dice en serio?

—Digamos que no descarto la posibilidad.

Tras hurgar en uno de los compartimentos exteriores de mi bolso saqué una tarjeta de visita, garabateé el teléfono de mi casa en el dorso y se la ofrecí.

—Muy bien, de acuerdo —dijo mientras le echaba un vistazo a la tarjeta—. Estupendo. Ahora mismo no tengo el dinero, pero podría conseguirlo pronto.

—Antes tendría que buscarme otro coche. Si no, no podré seguir trabajando.

—¿Por qué no se lo piensa? Y yo también. Un amigo que me debe dinero me ha jurado que me lo pagará.

—¿Me dice su nombre?

—Drew Unser. De hecho, me llamo Andrew, pero Drew resulta más fácil.

—Y yo me llamo Kinsey.

—Ya lo sé —respondió mostrándome la tarjeta—. Lo pone aquí.

—Que tenga un buen día —dije a modo de despedida. Me acerqué a mi coche y saludé con la mano al entrar. Cuando lo vi por última vez, Drew se dirigía hacia la izquierda mientras yo torcía por la derecha.

Volví a mi despacho y pasé media hora muy satisfactoria frente a mi Smith-Corona tecleando un informe. El encargo que acababa de finalizar era una reclamación por discapacidad laboral tramitada por La Fidelidad de California, la aseguradora en la que me cedieron un despacho durante varios años. Como La Fidelidad y yo acabamos tarifando, agradecí la oportunidad de poder congraciarme con ellos, cosa que ahora parecía posible porque el ejecutivo que me despidió a mí había sido despedido a su vez. Era un giro de los acontecimientos que bien merecía mi regodeo, y la noticia me levantó el ánimo durante unos cuantos días. El trabajo había resultado gratificante, y no sólo por el sustancioso cheque. La responsabilidad de un empresario por la salud y la seguridad de sus empleados se rige por las leyes estatales, mientras que el seguimiento de los accidentes acaecidos en el lugar de trabajo suele corresponderle a la compañía de seguros. No todas las aseguradoras privadas ofrecen pólizas de indemnización laboral, puesto que se precisa una licencia para tramitar seguros de bienes y accidentes. En este caso, el herido estaba casado con una ejecutiva de La Fidelidad, razón por la que me llamaron a mí. Como soy escép-

tica por naturaleza, sospeché que el tipo se hacía el enfermo aleccionado por una esposa que conocía bien los resortes necesarios para sacar provecho de la situación. Al final resultó que la incapacitación del marido era auténtica, y su empresa se aseguró de que recibiera las prestaciones a que tenía derecho. Dejando a un lado mi cinismo, me alegra que empleado y empresario resuelvan sus diferencias para satisfacción mutua en lugar de acabar enfrentándose.

Cuando terminé de escribir el informe, hice dos copias en la fotocopidora de segunda mano que me acababa de comprar, guardé una en mi archivo y metí el original y la otra copia en un sobre dirigido a La Fidelidad de California, el cual deposité en el buzón más cercano mientras iba de camino a casa. Estaba al día en cuanto a trabajo y, de momento, no había ningún cliente que clamara por mis servicios, así que me concedí algo de tiempo libre. No es que pensara tomarme unas auténticas vacaciones. Soy demasiado roñica para gastar dinero en un viaje, y, en todo caso, no había ningún sitio al que me apeteciera ir. Por regla general, si no trabajo, no como, pero mi cuenta corriente estaba saneada, tenía cubiertos los gastos de los próximos tres meses y me apetecía dedicar algunos días a lo que me viniera en gana.

Cuando llegué a Cabana, seguí por el amplio bulevar que discurría paralelo al océano Pacífico. El día anterior habíamos tenido niebla y algo de lluvia, y el cielo estaba lo suficientemente cubierto para que se extendiera una fina bruma. Después resultó que la pluviosidad registrada a lo largo de todo el mes fue muy escasa, pero en aquel momento me pareció que la llovizna presagiaba una furiosa tormenta tropical que nos calaría hasta los huesos. La humedad persistente parecía indicar un cambio estacional, la versión del paso del verano al otoño según la climatología de Santa Teresa.

Un kilómetro y medio más allá, en el cruce de Milagro con Cabana, entré en uno de los aparcamientos públicos y me metí

despacio en una plaza que daba al Hotel Santa Teresa. Pensé que, ya puestos, intentaría ponerme en contacto con quien pudiera saber algo sobre el hombre de la morgue. Éste era un barrio que conocía bien porque quedaba a medio camino de mi habitual sesión de *jogging* matinal de cinco kilómetros. Ya eran casi las seis, y el sendero de la playa estaba transitado por una mezcla de paseantes y ciclistas, turistas montados en carros de paseo a pedales y niños que maniobraban con sus monopatines como si hicieran surf sobre las olas.

Los sintecho a los que veía a primera hora de la mañana aún solían estar acurrucados bajo un montón de mantas, resguardados por carritos de la compra llenos a rebosar con sus pertenencias. Incluso los más nómadas no pueden resistirse a tener algo en propiedad. Sea cual sea nuestro estatus social, las posesiones nos reconfortan: forman parte de la urdimbre de nuestras vidas. Mi almohada, mi manta, mi pequeño terreno. No es que los sintecho le concedan menos importancia a lo que poseen. Sencillamente, sus pertenencias son más compactas y, por tanto, resultan más fáciles de acarrear de un sitio a otro.

El sol descendía despacio y el aire se iba enfriando por momentos. Me fijé en tres indigentes repantigados sobre sus sacos de dormir bajo un palmeral. Mientras los observaba, se pasaron un cigarrillo de mano en mano y bebieron por turno de una lata de refresco, probablemente vaciada y vuelta a llenar con algún sustituto de alta graduación. Además de proscribir las siestas en público, las ordenanzas municipales también prohíben el consumo de alcohol. Es evidente que los sintecho no pueden hacer casi nada sin arriesgarse a ser detenidos.

No tuve que investigar demasiado para localizar el lugar en el que habían encontrado al muerto sin nombre. Justo detrás de un terraplén cubierto de hierba de la plata, alguien había construido una torre con piedras dispuestas en un cuidadoso equilibrio, seis según mis cuentas. Cada piedra reposaba sobre la que tenía debajo en una ingeniosa composición que parecía estable

y precaria a un tiempo. Sabía que la escultura no estaba ahí el día anterior, porque si no me habría fijado en ella. Junto a la base habían colocado una colección variopinta de frascos de cristal, y en cada uno de ellos habían introducido un ramillete de flores silvestres, o de plantas birladas de los jardines de los vecinos de la zona. Mientras hago *jogging*, la única forma de mantener la mente ocupada consiste en ir comentando interiormente los acontecimientos externos.

Me centré en los tres vagabundos, dos de los cuales me miraban con rostro inexpresivo. No parecían abiertamente amenazadores, pero soy una mujer menuda —1,67 m de altura, 53 kilos— y, pese a ser bastante capaz de defenderme, de pequeña me enseñaron a mantenerme alejada de los grupos de haraganes. Hay algo tenso e impredecible en quienes merodean sin un objetivo claro, sobre todo cuando hay alcohol de por medio. Soy amante del orden y las normas, de la disciplina y la rutina. Es lo que me hace sentir segura. La anarquía de los que no tienen ni voz ni voto me resulta inquietante, pero esta vez tuve que vencer mi recelo porque necesitaba la información.

Mientras me acercaba al trío fui tomando fotografías mentales de cada uno de ellos. El primero, un chico blanco con rastas y de unos veintipico años de edad, estaba sentado con la espalda recostada en una palmera. La sombra de vello facial indicaba que quizá se habría afeitado una vez en las dos últimas semanas. El cuello de pico de su camisa de manga corta dejaba al descubierto una cuña de pecho lampiño. Al ver sus brazos desnudos no pude evitar cruzar los míos para entrar en calor. Sus pantalones cortos parecían demasiado finos para la estación. Las únicas prendas cálidas que llevaba puestas eran unos calcetines gruesos de lana y un par de botas de escalada. Tenía unas piernas que no estaban nada mal, pero ése era su único atractivo.

El segundo hombre era un afroamericano de setenta y tantos años con una tupida mata de pelo gris ensortijado, salpica-

do de canas. Barba y bigote cuidadosamente recortados, gafas de montura metálica. Llevaba una camisa azul celeste bajo una americana de espiguilla con los puños desgastados. El tercer tipo estaba sentado sobre el césped de espaldas a mí, con las piernas cruzadas. Era tan rechoncho y de hombros tan caídos como una estatua de Buda. Llevaba una chaqueta de piel sintética con un desgarrón en la sobaquera y un gorro de punto negro calado hasta las cejas.

—Hola, chicos —saludé—. No quisiera molestar, pero ¿alguno de vosotros conocía al hombre al que encontraron muerto aquí esta mañana en su saco de dormir?

Mientras señalaba hacia la playa, se me ocurrió que el detalle del saco de dormir sobraba. ¿Cuántos hombres muertos habían aparecido en la playa en las últimas veinticuatro horas?

El tipo que estaba de espaldas a mí se volvió para poder verme bien, y entonces me di cuenta de mi error. Era una mujer.

—¿Acaso es asunto tuyo? —preguntó.

—Lo siento. Debería haberme presentado. Me llamo Kinsey Millhone. ¿Y tú, cómo te llamas?

La mujer se dio la vuelta de nuevo, musitando una palabrota que capté perfectamente porque soy toda una experta en el tema. A veces me reprenden por ser tan malhablada, pero a mí me la suda.

El chico blanco interrumpió la conversación tratando de mostrar un talante más cordial.

—Se llama Pearl —dijo sin mirarme directamente a los ojos—. Éste es Dandy, y yo soy Felix.

—Encantada de conocerlos —respondí.

Confiado en que mi gesto transmitiera una mezcla de confianza y buena voluntad, le tendí la mano. Se produjo un silencio embarazoso y entonces Felix captó el mensaje. Me dio la mano sonriendo tímidamente, sin levantar la vista de la hierba. Me fijé en los aparatos con restos de comida que llevaba en los dientes. ¿Se ocupan ahora los servicios sociales de corregir

las maloclusiones dentales? Costaba creerlo. Quizá se los pusieron en la adolescencia y se escapó de casa antes de acabar el tratamiento. Parecía tener los dientes rectos, pero me pregunté si merecía la pena llevar aparatos ortodónticos toda la vida.

Dandy, el señor mayor, también intervino.

—No le hagas mucho caso a Pearl —dijo con tono conciliador—. Se acerca la hora de cenar y es hipoglucémica, lo cual saca a la luz cierto lado suyo que los demás preferiríamos no ver. ¿Por qué te interesa nuestro amigo?

—Llevaba mi nombre y mi número de teléfono en el bolsillo. Alguien de la oficina del *coroner* me pidió que lo identificara, pero yo no lo había visto en la vida. ¿Os habéis enterado de que ha fallecido?

Pearl resopló con impaciencia.

—¿Tenemos pinta de tontos? Claro que está muerto. ¿Por qué iba a enviar una camioneta el *coroner* si no? Estaba ahí tumbado, quieto como una piedra, una hora y media después de que saliera el sol. En esta zona más te vale largarte antes de que amanezca, o la pasma te trincará por merodear.

Pearl tenía los dientes inferiores oscuros y muy separados, como si le hubieran arrancado uno de cada dos.

—¿Me puedes decir cómo se llamaba?

La sintecho me miró de arriba abajo mientras calculaba la cantidad que podría sacarme.

—¿Cuánto estarías dispuesta a apoquinar?

—Venga, Pearl —interrumpió Dandy—. ¿Por qué no respondes a esta señora? Te lo ha preguntado con mucha educación y mira cómo la trata.

—No te metas donde no te llaman. Ya me las arreglaré yo sola, si no te importa.

—Un hombre ha fallecido y esta señora quiere saber quién es. No hay ningún motivo para ser tan grosera.

—Le he preguntado si es asunto suyo y aún no me ha contestado, así que, ¿por qué tengo que contestarle yo a ella?

—Es fácil de explicar —respondí—. La oficina del *coroner* quiere ponerse en contacto con sus parientes más próximos para que la familia pueda decidir qué hacer con sus restos. Me parecería muy mal que lo enterraran en una fosa común.

—¿Y eso qué importa, siempre que no nos toque pagarlo a nosotros?

Su hostilidad me estaba sacando de quicio, pero no creí que fuera oportuno aleccionar a Pearl sobre su falta de sensibilidad ahora que había empezado a «compartir» sus sentimientos con los demás.

—¿Qué tiene que ver todo esto contigo? —continuó—. ¿Eres una trabajadora social? ¿Es eso? ¿Trabajas para el Hospital Saint Terry, o para ese consultorio de la universidad?

Mi autocontrol resultaba admirable. No hay nada que me cabree tanto como la agresividad, esté justificada o no.

—Soy investigadora privada. Tu amigo debió de encontrar mi nombre en las páginas amarillas. Me preguntaba si necesitaba ayuda para resolver algún problema.

—Todos necesitamos ayuda —repuso Pearl. A continuación le tendió una mano a Dandy—. Levántame.

Dandy se puso de pie y la ayudó a levantarse. Me dediqué a observarla mientras se sacudía briznas imaginarias de césped de la culera de los pantalones.

—Me alegro de haberte conocido —dijo Dandy.

El chico blanco siguió el ejemplo de sus compañeros y apagó la colilla. Después se levantó y bebió un último sorbo de la lata de refresco antes de aplastarla con el pie. Podría haberla dejado sobre el césped, pero, dado que yo lo observaba, se la metió en la mochila como un buen *boy scout*. Cogió su saco de dormir, lo dobló de cualquier manera y se lo sujetó a la mochila con un trozo de cuerda.

Era evidente que nuestra amigable conversación estaba llegando a su fin.

—¿Alguien sabe de dónde era el muerto? —pregunté.

Silencio.

—¿Ni siquiera me podéis dar una pista?

—Terrence —respondió el chico blanco.

Pearl soltó un bufido e intentó silenciarlo.

Yo no entendía nada.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

Felix respondió desviando la mirada.

—Preguntaste cómo se llamaba.

—Vale, ya lo capto. Terrence. Agradezco la información.

¿Y qué hay de su apellido?

—¡Eh, basta ya! No tenemos por qué contarte nada —me espetó Pearl.

Estaba a punto de estrangularla con mis propias manos cuando intervino Dandy.

—¿Tienes tarjeta de visita? No estoy diciendo que vayamos a llamarte, pero por si acaso.

—Claro.

Metí la mano en el bolso, saqué una tarjeta y se la entregué.

—Hago *jogging* casi todas las mañanas de lunes a viernes, así que podéis buscarme en el carril bici. Suelo estar por aquí hacia las seis y cuarto.

Dandy examinó la tarjeta.

—¿Qué clase de nombre es Kinsey?

—El apellido de soltera de mi madre.

El vagabundo levantó la cabeza y me miró.

—¿Por casualidad no te sobraré algún pitillo?

—No —respondí, palpándome la chaqueta para verificar el hecho. Estaba a punto de añadir que tampoco llevaba suelto encima, pero me pareció insultante, ya que Dandy no me había preguntado acerca de mi situación económica. Pearl había perdido el interés. Cogió su carrito de la compra y empezó a empujarlo hacia el carril bici, dejando surcos en la hierba con las ruedas.

—Os agradezco vuestra ayuda —dije cuando ya era obvio

que los tres se iban a marchar—. Si se os ocurre cualquier dato útil, hacédmelo saber.

Dandy se detuvo y me miró.

—¿Conoces el súper que está a una manzana de aquí?

—Claro.

—Podrías comprar un par de cajetillas de cigarrillos, así la señorita Pearl White a lo mejor se animaba a charlar contigo.

—Puede meterse los cigarrillos en el culo —interrumpió Pearl.

—Un montón de gracias, me lo he pasado de maravilla —respondí con voz cantarina mientras el trío se alejaba caminando tranquilamente.